

FERNÁNDEZ GARCÍA, Pelayo, *El marqués de Santa Cruz de Marcenado (1684-1732). Cultura, milicia y redes sociales*, Oviedo: Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 2024, 307 pp.

¿Cómo mejoran las investigaciones cuando se reconstruye detenidamente el contexto en el cual se desenvuelven los actores? ¿Cuáles son las ventajas de estudiar a los personajes como parte de entramados que los acogen, pero que, en simultáneo, los exceden? ¿De qué forma avanza la historiografía si se considera a los y las protagonistas de la Historia como sujetos con múltiples capas, con infinitas ramificaciones? Estas son algunos de los interrogantes que despierta el libro objeto de estudio, producto de la tesis doctoral defendida por el autor en la Universidad de Oviedo. En la introducción de la obra, Fernández García pone de manifiesto una realidad que el lector avezado captará al instante: considerar al III marqués de Santa Cruz de Marcenado solo como un hombre de armas constituye, al mismo tiempo, una limitación y un error. De haberse restringido a los méritos en el campo de batalla, el estudio hubiese omitido otras tres identidades: noble, escritor y diplomático. Pero, además, ceñir la mirada al ámbito castrense hubiese constituido una equivocación dado que la actuación en los campos de Marte estuvo influenciada por la actividad en otras esferas. He aquí el mayor mérito: concebir al marqués como un individuo multifacético representa el modo más eficaz para comprender de forma cabal su *cursus honorum*. El libro incluye un apartado biográfico, una segunda sección dedicada de

forma exclusiva al capital relacional construido por el marqués y tres capítulos orientados a estudiar sus obras publicadas y la proyección de una tercera que no fue concluida.

Oriundo de la parroquia de Santa María de Puerto de Vega (1684), junto a la costa cantábrica, el III marqués de Santa Cruz de Marcenado concentró los mayorazgos de las casas de Montenegro y Lantoria junto con los de Navia, Celles, Vigil y la Rúa. Muy tempranamente, sin haber cumplido aún los 17 años, Navia Osorio contrajo el primero de sus tres matrimonios con la hija de los primeros marqueses de Ferrara, lo que favoreció la transmisión de patrimonio y consolidó el poder del linaje en la región occidental del Principado de Asturias. A partir de aquel momento y hasta su fallecimiento en Orán en 1732, el recorrido vital de don Álvaro estuvo signado por una movilidad permanente y una polifuncionalidad que Felipe V supo aprovechar. Por caso, la atención que el autor presta a la guerra de Sucesión española sugiere que aquella experiencia tuvo un impacto perdurable en el personaje objeto de estudio. Al mando del tercio del Principado de Asturias desde 1702 –luego convertido en regimiento–, el marqués batalló en Ciudad Rodrigo y la frontera entre los territorios aragonés y navarro. En el mismo sentido, resulta curioso comprobar que el desarrollo del conflicto dinástico llevó a que Navia Osorio participase del frustrado intento por recuperar Cerdeña en 1710 y permaneciese en Sicilia entre 1712 y 1714, paso previo a su intervención en el asedio y sitio de Barcelona. Los años que siguieron, hasta 1728, fueron quizás los más

intensos. Junto con su ascenso dentro de la estructura castrense, el marqués ocupó el rol de inspector de las tropas de Andalucía y presidios de África en 1715. Sin embargo, el episodio más relevante estuvo dado por el nombramiento como gobernador de Cagliari, cargo que ocupó entre 1718 y 1720. La firma del Tratado de Londres derivó en que el marqués permaneciese como rehén hasta la toma de posesión del territorio sardo por parte del duque de Saboya, hostaje que por pedido explícito completó en Turín. Allí, entre 1720 y 1728, Navia Osorio actuó como diplomático extraoficial. A continuación, la participación como plenipotenciario en el Congreso de Soissons (1728-1730) fue seguida por el regreso al ámbito militar: primero como gobernador de la plaza de Ceuta y luego como comandante en Orán. El marqués pasó los últimos años de su vida –hasta su muerte en 1732– protegiendo la frontera norafricana y repeliendo ataques argelinos.

La somera biografía presentada en el primer capítulo es condición *sine qua non* para adentrarse en la segunda sección, la más elaborada –y lograda– del libro. Allí, el autor reconstruye el capital relacional de Navia Osorio. Como cabría suponer, la correspondencia es una fuente de primer orden. Aunque señalando las limitaciones del caso, Fernández García presenta un análisis cuantitativo y cualitativo de las misivas enviadas y recibidas. Así, el período 1728-1730 se revela como el de mayor actividad en cuanto a número de cartas, coincidiendo con los años en que el marqués alternó entre París y Soissons. En parte consecuencia de ello, no sorprende que los mayores interlocutores

hayan sido sus superiores, tales como los marqueses de la Paz y Grimaldo o José Patiño. Dichos vínculos profesionales fueron complementados con otros cuya intensidad varió en función del derrotero que tomó el protagonista. De este modo, si las bases asturianas de origen estuvieron condicionadas por el alejamiento y el absentismo del noble, las relaciones dentro del ejército se vieron favorecidas por el reclutamiento para el regimiento y el ascenso dentro de la oficialidad borbónica. En tal sentido, el autor describe los años que el asturiano pasó en Italia y Francia como aquellos en los que se posicionó dentro de una extensa red de contactos internacionales, la cual incluía diplomáticos, plenipotenciarios, embajadores, ministros, encargados de negocios y agentes. Con todo, la sección más destacable del capítulo es aquella destinada a plasmar gráficamente las conexiones que orbitaban alrededor del marqués. Por caso, el autor muestra las interrelaciones entre los núcleos familiares de los tres matrimonios contraídos por el asturiano e ilustra acerca de los nexos con la nobleza de Asturias. Otros gráficos, tales como aquellos basados en el testamento de don Álvaro (abril de 1718), son útiles para visualizar las conexiones en coyunturas específicas. Previsiblemente, la llegada a Turín y el período como plenipotenciario en Soissons constituyen la etapa de mayor sociabilidad. El notable aumento de los contactos permite colegir que los años en las cortes de Víctor Amadeo II y Luis XV fueron aquellos en los que el marqués se mantuvo más activo.

Las *Reflexiones militares*, publicadas en once volúmenes (veintiún

libros) entre 1724 y 1730, constituyen la razón principal por la cual el marqués ha sido recordado. Objeto de estudio del tercer capítulo, se trata de una obra de tratadística militar cuyos orígenes pueden retrotraerse a 1707, en plenas campañas de la guerra de Sucesión, pero que fue escrita mayormente durante la etapa turinesa. Las *Reflexiones* versan en torno a cuestiones militares, políticas y morales; más específicamente, las temáticas a las que el asturiano dedica su atención son la fundamentación de la guerra, la contrainsurgencia, la guerra ofensiva y defensiva, la batalla, el armamento y, aunque en términos generales, la estrategia naval. El camino tomado por Fernández García para ponderar el valor del documento comienza con un análisis de las dedicatorias de cada volumen, elemento que no debe ser subestimado. Desde Felipe V hasta el duque de Saboya, pasando por el entonces Príncipe de Asturias y el infante Carlos de Borbón y Farnesio, la lista de personajes sugiere que Navia Osorio era consciente del impacto que dichas palabras podían tener en la difusión del escrito. Por cuanto refiere al contenido, una de las ideas centrales radica en concebir al pasado como repositorio de lecciones que permiten ejercer el arte de la guerra con mayores posibilidades de éxito. Si cabe, tal concepción adquiere más sentido si se considera que las autocitas (p. 163) representan más de la mitad de las referencias incluidas en las *Reflexiones*. Junto con esa impronta personal, huelga destacar que el marqués estaba influenciado por el tacitismo y la noción de “razón de Estado”: autores de la talla de Baltasar Gracián,

Diego de Saavedra Fajardo, Antonio de Solís y Antonio Pérez, entre tantos otros, figuran entre sus referencias bibliográficas, aunque el texto contiene una evidente matriz católica. Por otra parte, no menos importante resulta destacar que poco menos de la mitad de las referencias responden a textos de la Antigüedad entendida en sentido amplio, lo que denota el atractivo que aún conservaban los clásicos.

Si las *Reflexiones* apuntan al ideal militar del marqués, la *Rapsodia político-económico-monárquica* revela su interés por el apartado económico. No obstante Navia Osorio había planteado ideas innovadoras en su obra magna, la *Rapsodia* recoge planteamientos sistemáticos y propuestas concretas. Publicada en 1731 y posiblemente escrita en el último tramo del periplo turinés, el texto se compone de cinco proyectos y tres «capítulos extra» (p. 203). En este caso, Fernández García opta por sintetizar las ideas del marqués, al mismo tiempo que reconoce la menor repercusión que la *Rapsodia* ha tenido en comparación con las *Reflexiones*, tanto al momento de su publicación como entre los historiadores. Ante todo, el autor sugiere que el noble asturiano tenía una concepción sobre la riqueza que distaba de la visión mercantilista, esto es, como la cantidad de dinero existente. Antes bien, don Álvaro ligaba la riqueza de un reino al aumento de la industria, la ganadería, la agricultura y, en particular, el comercio. De hecho, Navia Osorio dedica una parte significativa a tratar aspectos vinculados con el intercambio comercial, tales como –desde su punto de vista– el perjudicial rechazo visceral de la nobleza a

practicar dicha actividad o la necesidad de no establecer límites en los intercambios entre España y el continente americano. Asimismo, cabe destacar la atención que Fernández García dedica a dos cuestiones que, lejos de ser accesorias, complementan el minucioso análisis de la *Rapsodia*. Por un lado, los debates que el ideario económico del marqués ha generado entre los estudiosos, particularmente respecto a la dificultad para considerarlo un liberal *avant la lettre*. Por otro, los puntos de contacto entre el pensamiento de Navia Osorio y el de algunos de sus contemporáneos —entre otros, Jerónimo Ustáriz o Miguel de Zavala y Auñón—, así como también con quienes publicaron sus textos una vez el marqués había fallecido, como, por ejemplo, José de Carvajal y Lancaster, Bernardo Ward o Gaspar Melchor de Jovellanos.

El último capítulo se halla dedicado al proyecto que quedó trunco, es decir, la elaboración de un *Diccionario Universal*. Tras unas breves reflexiones en torno a los orígenes de los conceptos de «diccionario» y «enciclopedia» y los antecedentes europeos del enciclopedismo del marqués, Fernández García presenta un debate en torno a la posibilidad de considerar a Navia Osorio como un novator o, en su defecto, como un hombre de ideas preilustradas. De acuerdo con el autor, el proyecto fracasó debido mayormente a la desconexión del asturiano con las redes culturales y políticas de la monarquía de España, lo que a su vez era resultado de su estadia en Turín durante buena parte de la década de

1720. En cualquier caso, el hecho de que el *Diccionario* no llegase a completarse resulta cuando menos sorprendente toda vez que el noble asturiano intentó implicar a la Real Academia y el propio Felipe V, pero el insuficiente respaldo recibido por el entorno cortesano condenó la encomiable iniciativa. La propuesta original, presentada en 1727, incluía doce volúmenes y contemplaba únicamente vocablos en español. A pesar de haber presentado otras dos versiones que incluían modificaciones, la falta de respaldo y las responsabilidades del marqués llevaron a que el proyecto fuese definitivamente abandonado en 1730.

En síntesis, *El marqués de Santa Cruz de Marcenado (1684-1732). Cultura, milicia y redes sociales* constituye una excelente aportación que combina un adecuado uso de documentación, amplia bibliografía y planteamiento de numerosos interrogantes de cara a estudios posteriores. Temáticas como el rol de los oficiales borbónicos en ámbitos que excedían el mundo castrense, la tratadística militar y la sociabilidad de las élites peninsulares, entre otras, se presentan como campos de investigación que pueden nutrirse de la metodología empleada por Fernández García. En última instancia, la vida y el *cursus honorum* del multifacético Álvaro de Navia Osorio se presenta como un laboratorio a partir del cual los historiadores e historiadoras pueden aproximarse a la turbulenta transición de los siglos XVII al XVIII.

Mario Luis LÓPEZ DURÁN